

Los Faros Etéreos

Diego Figueiras

2024-01-22

Table of contents

Portada	1
1 Capítulo 1: La Diosa	3
2 Capítulo 2: El Princeso	5
3 Capítulo 3: El Caballero Rúnico	17
4 Capítulo 4: La Bruja	19
5 Capítulo 5: El Forero	21

Portada



Chapter 1

Capítulo 1: La Diosa

Chapter 2

Capítulo 2: El Princeso

La victoria había sido fácil, demasiado fácil, lo cual solía poner a Gaspar Lobera, el Príncipe Zafiro, como lo llamaba la plebe, de mal humor. Nada más empezar el duelo habían bastado las cinco runas Sped en las placas de acero que cubrían sus botas para propulsarlo a gran velocidad y salvar la distancia entre él y el arzobispo de Conztanza. Al igual que el hermano de Gaspar, el arzobispo no era ningún caballero rúnico, sino más bien un mago. Peligroso si le daba tiempo para conjurar sus hechizos, pero vulnerable a corta distancia. Ni siquiera tenía la espada alzada, sino que pasaba las páginas de su grimorio que flotaba a un costado. Lo primero que el duque hizo fue cortar el libro en dos de un tajo de Tizón, la espada ancestral de la familia Lobera, cuyas runas incandescentes emitían el brillo zafiro que daba lugar al apodo de su portador. El arzobispo activó las runas en su guantelete, pero antes de que pudiera terminar de leerlas, el duque ya estaba contrarrestando su hechizo Faëran conjurando Angaz en tres menor, desviando el haz de luz dorado. Se fue a estallar contra la custodia mágica que protegía a los espectadores. La explosión hizo que el estadio retumbara en gritos de jolgorio. Al mismo tiempo, Tizón arremetía contra su rival. La translúcida custodia mágica del arzobispo contuvo la ira de la espada, y su propia arma por fin se alzó para unirse a la contienda. Pero para cuando la primera runa grabada en el filo se prendió en un verde esmeralda que indicaba su naturaleza Püsle, el duelo ya había terminado. Tres rápidas estocadas de Tizón y la fina custodia turquesa que lo envolvía se vino abajo, disipándose en un millar de motas cristalinas.

—¡El vencedor es Gaspar Lobera, Duque de Lisandra y de Irinea, Paladín de la orden de los caballeros rúnicos, Comandante de las Fuerzas de la Liga, e hijo del Hechicero Supremo de la Liga de Magos!

Tras los aplausos, las irritantes ovaciones y todas las ceremonias, el duque se acercó al arzobispo y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento por el grimorio —le dijo. Este yacía en el suelo fragmentado en dos,

abrasado en su mayor parte—. Mándale un recibo a mi Maestro de Armas y te reembolsaré cualquier valor que pidas.

—No pasa nada —respondió el elfo—. Tengo centenares como este. Buena pelea, ojalá hubiera estado a la altura.

—No te voy a mentir, pudiste haber luchado mejor. Espero poder enfrentarme a tu primo en el torneo de Eleonora, que ya va a ser pronto —dijo, quitándose el yelmo. Tenía cabello y barbas negros, ojos azules, tez grisácea y nariz aguileña.

—Lo pondré sobre aviso, pues, para que se vaya preparando.

Ambos montaron sobre sus respectivos pegasos, saludaron a los setenta mil espectadores, y abandonaron el estadio a través de uno de los múltiples arcos que adornaban la cima de la cúpula del coliseo. Cuando el duque llegó a los establos de la basílica de Diamanthora, y una vez sus escuderos lo alcanzaron y lo ayudaron a quitarse el arnés y desmontar de Gabriela, y también a quitarse la armadura adornada con zafiros, se dirigió a reunirse con su padre.

Lo había dejado cuidando de su pequeña hija, Sofía, en sus aposentos de lujo. Tenían una reunión familiar en breves, así que se dio prisa a través del laberinto de escaleras de mármol y de funcionarios del imperio. Tocó en la puerta, pasó la llave y entró sin pedir permiso. Los encontró tumbados sobre el suelo y sonrió. Padre la había vuelto a convencer para jugar a hacerse los muertos y así poder tomarse una siesta sin ser molestado.

—Sofía, ya puedes dejarte de juegos, que ya has ganado. El abuelo está durmiendo.

La niña de pelo rizado y ojos esmeralda, a la cual no se le daba muy bien jugar a los muertos ya que no era capaz de contener su entusiasmo ni estando inmóvil en el suelo, se levantó con rapidez y, patosamente, dio unos pasos para confirmar lo dicho por su padre.

—¡No vale, abuelo!

Le agitó el hombro con sus regordetas manos, pero el anciano elfo ni se inmutó. Viéndolo ahí, con su larga barba blanca a juego con su cabellera, piel del color de la ceniza bajo la luz de la luna, nariz bulbosa y rosada, vestido con una bata y zapatilla de andar por casa, y roncando levemente, no pudo evitar sonreír. Costaba creer que estuviera ante una de las personas más ricas y poderosas del mundo.

—¡Padre, despierte! ¡Padre!

El anciano abrió un poco los ojos. Miró de un lado a otro, bostezando y confuso.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está Emma? Hablad con Emma, ella os lo solucionará

—dijo, volviéndose hacia un lado y durmiéndose una vez más.

—Emma ha muerto hace años, y estás en la basílica de Diamanthora, a dos días de los votos. ¡Padre! ¡Despierte! ¿Se ha tomado la medicina?

—¡Abuelo!

La niña lo volvió a agitar por el hombro, y este aprovechó para agarrarla y provocarle cosquillas.

—¡Ya va, ya va! —dijo, mientras la pequeña reía.

Al duque ni siquiera le hacía falta una respuesta, se acercó al baúl de viaje y sacó una caja de madera repleta de póquinas. Padre siempre se olvidaba de la medicina, y aunque se acordase, no sabía cuál era la dosis correcta. Gaspar era el que estaba al cargo de sus cuidados.

—Tenemos la reunión esa que concertaste esta mañana, ¿recuerda? —dijo entretanto ponía la botellita de cristal a la luz del sol y la golpeaba con el dedo, examinando la disolución.

El anciano se levantó trabajosamente mientras ponía a la niña a un lado.

—¿Reunión?

—Sí, con toda la familia y... ya sabes. Lo de...

—Ah, sí —Lo fulminó con la mirada, un ojo verde esmeralda como el de Sofía, y el otro nublado por cataratas—. Todo eso.

Abrió la boca para que Gaspar le diera la cucharada de medicina y tragó, arrugando el rostro con desagrado.

—Bueno, pues no perdamos más tiempo. ¿Dónde están Colatho y mi sombrero?

—¡Aquí! —respondió Sofía, trayendo el lujoso bastón con grabados rúnicos y adornos de diamantes en su extremo, y también el sombrero picudo de la Universidad de Dacaroth.

—Primero dejemos a Sofía con su madre. Carmela no necesita asistir, ¿o sí? —indagó el duque.

Padre negó con la cabeza mientras tomaba las posesiones que la niña le ofrecía. El bastón era tan largo que la pequeña apenas podía sostenerlo por mucho tiempo. La agarró a ella también en sus brazos y la puso sobre sus hombros.

—Muy bien, en ese caso vayamos —dijo Gaspar.

—Tu padre es todo negocios, nada de diversión —le dijo padre a la niña, la cual le quitó su sombrero de mago y se lo puso ella misma en la cabeza. Le quedaba tan grande que le ocultaba los ojos.

—Papá es un hombre muy importante, todo el mundo lo dice.

—Sin lugar a dudas —respondió el anciano, sonriéndole a Gaspar.

—¿Tú también eres importante, abuelo?

—Nah. Yo solo soy un viejo idiota. Un viejo que ni ve ratas.

—¿Es por culpa de tu ojo ciego?

—Sí, tal vez. Pero por suerte el que está sano lo ve todo.

Bajaron a la octava planta del ala oeste de la basílica. La habían reservado entera para que toda la familia pudiera hospedarse durante las elecciones, bajo el pretexto de que padre, en sus funciones como Hechicero Supremo, tuviera acceso rápido a posibles consultas de última hora. Dejaron a la niña en las habitaciones de Gaspar y su esposa, la cual le dio un beso en la mejilla antes de despedirse, y luego volvieron a subir por las escaleras de mármol, rumbo al comedor privado de la duodécima planta. Allí era donde iba a tener lugar la reunión.

—Ya sabes que no me gusta que te quedes dormido mientras estás echándole un ojo a Sofía —dijo el duque mientras caminaban.

Padre sacudió la mano, como descartando el comentario.

—Le puse siete custodias encima. Ni aunque la metieras en un barril de ácido y

la tirases en una catapulta le pasaría nada. Y cerré la puerta con llave.

Padre aceleró el paso una vez llegaron al corredor que conducía a las estancias, sujetando a Colatho por el centro y musitando algo que Gaspar no pudo entender pero que no auguraba nada bueno. Se sacó el Loberonicón, su grimorio personal, de un bolsillo interior de su bata y este se abrió solo, quedándose flotando a un lado. Las páginas pasaron como si una ventisca las estuviera hojeando, y se detuvieron en un pasaje de glifos que brillaron en una multitud de colores cuando padre los leyó rápidamente. Las inmensas puertas de roble vigiladas por guardias se abrieron como si un ariete las hubiera golpeado, y pudieron ver que ya había gente dentro.

Gaspar discernió a su hermana Aurora, sentada a lado de la cabecera de la mesa. Era una elfa de cabello plateado, piel gris, y ojos azules marcados por ojeras rosadas. Ostentaba varios títulos, pero el más importante de todos era el de senescal de padre. Donde Gaspar era el comandante de las fuerzas militares de la familia, Aurora era la que llevaba la mayoría de los asuntos administrativos y legales, y actuaba como portavoz de padre en cualquier circunstancia en donde estuviera ausente.

También vio a su primo Hilario, el idiota fanfarrón, susurrándole algo a Aurora al oído, a su hermano Gespirito sujetando una copa de vino, a la tía Isolina, la Reina de las Arañas, a lado de la chimenea, al tío Fermín, que en realidad no era tío de nadie pero lo llamaban así, picoteando un poco de queso, y a su hermana Leopolda riéndose de algo que el primo Gustavo estaba diciendo. Twylwarlais II, el emperador, también estaba allí, a solas en un extremo de la mesa. Todos se asustaron cuando las puertas golpearon las paredes con una fuerza tal que parecía que las bisagras fueran a estallar.

—Hey, papá —dijo Gespirito, acercándose. Cuando entraron, Gaspar se dio cuenta de que había más gente en la sala de la que esperaba. El tío Filisindro, que era tío de verdad, y varios sirvientes —. He publicado mi nueva crítica de teatro en el Relaciones. A ver qué te parece esto: —Desenrolló el periódico—. ”Aunque me siento compungido a la par que anonadado por el coraje, acaso incluso atrevimiento de la decisión tan exacerbada y oh siempre tan adamantina del aclamado director y dramaturgo Eodär Illiden por incluir a un actor humano desempeñando el papel del hidalgo alto elfo...”

—Gespirito, chúpame la polla, anda —le espetó padre. Colgó su sombrero de la percha más cercana y dejó a Colatho en una esquina. Luego se volvió al resto, fulminándolos con su ojo esmeralda —. Quiero saber quién de vosotros fue el retrasado mental que le dijo al rey de Jalolandria que estamos interesados en comprar tierras.

Los que estaban sentados se apresuraron a levantarse, y los que ya estaban de pie empezaron a revolotear de un lado a otro. Gespirito dio un largo trago de su copa, con los ojos muy abiertos. Los guardias que estaban afuera, en el corredor, cerraron las puertas, y los sirvientes se apresuraron a llenar las copas que estuvieran vacías.

—Uhhmm... padre, creo que... —empezó Gaspar.

—No te he hablado a ti, princeso —lo interrumpió padre —. Le hablo a esta jauría de villanos y sicofantes a la que llamo familia.

Dio largos y angustiados pasos hacia la cabecera de la larga mesa mientras el Loberonicon lo seguía, levitando. Aurora se volvió a sentar.

—Papá, yo no... yo... no sé quién, pero yo...

—Sí, sí, tú no has sido, Aurora, eso ya lo sé. Ni capaz serías de algo tan astuto tampoco. Ponte tranquila, que te va a dar una taquicardia, anda.

Aurora parecía querer llorar, aunque esa era su cara por defecto cada vez que padre le reñía.

Este tomó asiento y suspiró. Gaspar se sentó enfrente de Aurora, y el resto procedieron a sus correspondientes lugares.

—¿Dónde está Valentino? —preguntó entonces el duque, notando su ausencia.

—Sí, ¿dónde está el cretino? Lo conozco desde que era corrida tocándome los cojones desde dentro, seguramente fue él —dijo padre.

—Tarde, como siempre —respondió el tío Filisindro. No tenía a su sobrino en muy alta estima.

—Padre, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Leopolda, tratando de poner la voz más angelical que era capaz.

Era la hermana más pequeña, y la que mejor podía apaciguar a padre, después de Sofía, claro.

—Sí, padre, ¿qué ocurre? —dijo Gespirito.

—"Qué ocurre", como si no lo supieras de sobra, Gespirito. No han pasado ni dos días y ya habéis ido con el cuento a todo el mundo. Que parece que nunca dais aprendido la lección: yo me entero de todo. ¿Qué pasa, que ya has vuelto a comprar bonos del imperio y has querido ir de chupa anos a hacerle dinero a tus amigos maricones?

—No, papá, no fui yo. Esta vez lo juro.

—También lo jurabas cuando financiamos la guerra entre Conztaza y Xydalia.

—No recuerdo haber jurado nada durante aquel episodio, pero te repito que lo siento. También debo decir que encuentro altamente ofensivo que te refieras a los elfos silvestres como "maricones". Son gente bella y apasionada que...

—Cállate la boca. Abraza-árboles de mierda y defensores del tojo, con sus gilipollices de género fluido y arte de mierda que hasta un niño subnormal podría hacer. Hablando de subnormales, vosotros —Miró a los primos Hilario y Gustavo — ¿Le habéis ido con el cuento a mi hermano? Dije que el tema no debía salir de entre los que estábamos en la sala en ese momento, sin importar quién fuera.

—Yo no le dije nada, lo juro —afirmó Hilario.

—Ni yo.

—A lo mejor fue tu querido primogénito. El princeso ahí sentado, todo calladito —sugirió Aurora, señalando a Gaspar, el cual se limitó a alzar los brazos, confuso —. Sí, sí, hazte el tonto. ¿Cuánto te pagan los gremios por venderle a niños muñequitos de acción hechos a tu semejanza?

—Lo de que son para niños es una sugerencia, Aurora —señaló Gespirito.

—Si Val estuviera aquí, estoy seguro de que encontraría una forma de hacer un chiste pervertido sobre tu pregunta, Aurora —repuso Gaspar.

—El princeso jamás me traicionaría y eso es todo lo que tengo que decir al respeto —se limitó a decir padre — ¿Y tú qué, Isolina? ¿Vas a decir algo con

al menos una pizca más de inteligencia que Aurora u os mando a las dos a la puta cocina a plancharme los calzoncillos?

La tía alzó la cabeza con orgullo.

—Vete a la mierda, Lisardo —dijo—. Yo no soy como tus hijos para que me hables así. Y no, no dije nada, tus asuntos no me incumben.

—No te incumben excepto cuando necesitas dinero para pagarte los divorcios. ¡Y te hablo como me de la puta gana mientras estés bajo mi techo!

—Técnicamente es techo del imperio, que estamos en la basílica —señaló Aurora, sin darle la cara a padre.

—Lo dicho, mi techo, ¿o has nacido ayer? —Padre miró al emperador Twylwarlais II, como si recién notase su presencia—. Sin ofender, Firulais.

—No hay ofensa ninguna, señor. Y no, antes de que pregunte, no dije nada a nadie.

El emperador era un alto elfo de la edad de Valentino, apenas treinta y dos años. Cuando su padre murió, poco faltó para que su trono fuera usurpado por sus generales y sus tierras confiscadas. Fue padre quien consiguió sentenciarlos a muerte y tomar al joven emperador bajo su tutela, criándolo como si fuera un hijo más. Consideraba a Gaspar y al resto como hermanos.

En ese momento las puertas se volvieron a abrir con el mismo melodrama de antes, lo cual solo podía significar una cosa: Valentino. Gaspar tornó la cabeza para confirmarlo. Decían que su hermano era la viva imagen de su padre cuando este era joven. Alto, de ojos verdes, pelo negro azabache y largo hasta los hombros, piel gris pálido y barba bien recortada. Su parecido con padre iba acentuado por su indumentaria. Era el único de los hermanos en haber estudiado en Dacaroth, la universidad de magia y runismo, y en conseguir que le concedieran el bastón y el sombrero que oficialmente le daban el título de mago. Gaspar conocía el lenguaje de runas necesario para usar artefactos encantados, pero Valentino no solo conocía ese lenguaje, sino también el complejo léxico y sintaxis de glifos necesario para producir las runas. Eso significaba que podía conjurar hechizos sin necesidad de artefactos enrunados, simplemente leyendo los textos de glifos, ya bien fuese en papel o desde la memoria. A menos que fuesen enrunados, la mayoría de hechizos solían requerir docenas y docenas de páginas de glifos para ser conjuradas, y Valentino y padre se conocían un puñado de ellos de memoria, sin ni siquiera necesidad de consultar sus grimorios. Eso les daba ventaja sobre las runas en que podían alterar las propiedades de los hechizos al tiempo que los conjuraban, en vez de estas estar fijadas, pero a costa de que les llevaba más tiempo. Gaspar se sabía dos, ambos hechizos de custodia mágica, pero para todo lo demás dependía de artefactos como Tizón.

—Qué coño pasa, hijos de puta —dijo Valentino mientras caminaba dentro. Dejó su sombrero y abrigo de cuero en la percha, el bastón a lado del de padre, y dio la vuelta a la mesa, dándole un fuerte abrazo a Leopolda al pasar a su lado, haciendo como que le daba un puñetazo a Gespirito en el mentón al pasar al lado del suyo, y estampándole un beso a Aurora en la mejilla. Esta reaccionó como si un mosquito la hubiera picado.

—Hala, insultando a nuestra querida y difunta madre —le recriminó Gaspar, pero a Valentino el comentario le pareció hilarante y su respuesta fue una mera carcajada.

—Ya te oigo gritar desde fuera, viejo. ¿Qué pasa, que hoy toca recordarles a tus hijos lo decepcionantes que somos, lo mucho que tenemos que estarte agradecidos de siquiera respirar, y que somos todos unos inútiles? —dijo, dándole un beso a padre en la frente al pasar a su lado y revolviéndole la melena.

—No, pero si lo dijera tendría toda la razón del mundo —respondió este, haciendo aspavientos con la mano para que se apartara y reordenándose el pelo.

—”Y te hablo como me da la gana mientras estés bajo mi techo.” Si me dieran media moneda de bronce cada vez que he escuchado eso, ahora mismo sería tres veces más rico, y eso que ya soy asquerosamente rico. Viejo, vestido así parece que te hemos rescatado de mendigar en las calles.

—Y tú vestido así pareces un niño de papá al que este le dio toda la riqueza de la que presume —respondió padre.

Valentino le dio un apretón a Gaspar en el hombro y se sentó a su lado.

—¿Quién coño plancha calzoncillos en la cocina, por cierto? —dijo entre risas —
¿No te decidías por un comentario machista y tuviste que hacer dos al mismo tiempo, viejo?

Aurora y la tía Isolina rieron. Padre los ignoró y señaló al tío Fermín con el dedo.

—Fermincito, ¿qué tienes que decir?

—Quizás hayan sido los Parceló los que se chivaron—sugirió el tío Fermín, que parecía ya tener la respuesta preparada —. Son los únicos a los que de momento hemos contactado para empezar negociaciones.

—Imposible que sepan nada, solo les hemos mandado a nuestras putitas a que los convenzan de venir a Diamanthora —le dijo padre. “Putitas” era como llamaba a los ministros del imperio—. Y aunque lo supieran, ¿por qué habrían de decir nada? Deben de estar como quinceañeras ante la idea de que siquiera contactemos con ellos, no van a arruinar su oportunidad de escapar del lodazal inmundo que son sus tierras. El lodazal que es todo el nombre de su familia, mejor dicho.

—Fui yo —dijo entonces Valentino, sin más.

Los tíos Fermín y Filisindro intercambiaron miradas anonadadas, y los primos se rieron, pensando que era una broma. Pero los hermanos palidecieron, pues como había vaticinado el anciano, ya se temían que seguramente había sido él.

—Aham... —se limitó a decir padre, apoyando la cabeza sobre sus manos cruzadas y con la cara inexpresiva.

—¿Qué estás diciendo, Valentino? —preguntó la tía Isolina, atónita.

—Estabais hablando sobre quién filtró nuestros planes de comprar tierras, ¿no? Bueno, pues os estoy diciendo que fui yo. Misterio resuelto, ya no nos intimides más, viejo, que el primo Gustavo ahí está usando toda su fuerza de voluntad para evitar cagarse en los pantalones y ya casi puedo verle la mierda salirle por la boca.

Gaspar miró a su primo, el cual, en efecto, estaba pálido y tembloroso.

—Val, eres un idiota —dijo Aurora.

—Sí, Val, ¿qué cojones? —añadió Gespirito — ¿Traicionando a tu propia familia? Media estrella de cinco, no te recomiendo.

Hizo como que escribía en un cuaderno imaginario.

—Deja el drama para tus críticas pedorras de teatro, Gespirito. Estoy acelerando nuestros planes.

—¿Acelerando los planes? —dijo Twylwarlais —. Si los altos elfos se enteran de esto, adiós planes. No van a dejar que unos simples drow... que unos elfos oscuros los igualen en poder, o incluso superen.

—Ya los superamos, es solo que nadie te lo ha dicho todavía. Y uh, ¿ibais a decir la palabra que empieza por D, majestad Firulais? —respondió Valentino con una sonrisa de oreja a oreja —. Puedes llamarnos drows todo lo que quieras, entre nosotros lo hacemos todo el tiempo, ¿verdad, viejo drow? Tenemos a papá drow, prínceso drow, mi hermana la drow suprema, etcétera.

—Val... —Aurora puso los ojos en blanco.

—No te olvides de capullo drow —dijo Gaspar, apoyando la mano en la espalda de Valentino.

—Gespirito y Leopolda son solo medio drows, pero siguen siendo oscuros. Mala hierba nunca muere.

—¡Val!

—¿Qué?

—Padre ha sido muy claro sobre la privacidad de nuestros planes —dijo Gaspar.

—¿Y qué? Uno no va al mercado a hacer la compra en susurros. Hay que gritar para anunciarse.

—¿Por qué no nos dijiste nada primero? Ninguno de nosotros puede actuar por su cuenta, de lo contrario esto sería un circo —dijo la tía Isolina.

—Vosotros no podéis actuar por vuestra cuenta, yo puedo hacer lo que me de la puta gana. Estoy aquí por mutuos intereses, no solo por ser miembro de la familia, ¿recordáis? Tengo mis propios Faros.

Cuando padre no era más que un sargento mayor miembro de la por aquel entonces familia menor de barones Lobera, viendo la necesidad de los caballeros rúnicos y de los magos de batalla para tener acceso inmediato a recursos de éter, diseñó los Faros Etereos. Por aquel entonces era un joven mago y hechicero, graduado de Dacaroth desde hacía poco pero con muchas ambiciones. Conjurar hechizos requería del uso de ese gas producido naturalmente por el cuerpo conocido como éter. Cuando un caballero rúnico o un mago consumía cierta cantidad de éter, debía reponer fuerzas antes de reanudar el lanzamiento de hechizos, de lo contrario la magia le carcomía la carne y los huesos, drenando toda la energía y materia que podía sustraer del cuerpo hasta matarlo. Pero aquello había cambiado con los Faros.

Torres con una gran esfera de luz en sus cimas, de ahí el nombre, absorbían toda partícula de éter que podían extraer del área en que eran construidos, proporcionando una fuente sostenible y continua del gas que se podía almacenar en bolas de cristal. Cuando conjuraban sus hechizos, los magos no necesitaban

más que sostener las esferas en sus manos para restablecer sus fuentes de éter. Muchos académicos y nobles afirmaban que esto había sido el factor determinante para que el imperio de Diamanthora ganase la guerra contra los Ascaroth, y desde entonces la economía y el uso de la magia habían cambiado para siempre. Las esferas de éter se habían convertido en una moneda más valiosa que el oro o la plata, convirtiendo a los Lobera en los banqueros más adinerados del mundo en cuestión de unos pocos años, y la magia ya no era una disciplina reservada para unas pocas familias aristocráticas de elfos. Enanos, hadas, e incluso algunos humanos podían aprender runismo y conjurar hechizos, con variados grados de sofisticación entre ellos, pero la oportunidad presente.

Desde el día en que se convirtió en mago, Valentino había empezado a construir sus propios Faros, con sus propios diseños y adquiriendo sus propias tierras. Padre lo consideraba un simple ladrón y aprovechado, y solía decir que sus diseños tenían de original lo que pescar en la letrina. Lo cierto es que, incluso antes de robarle los Faros, a padre nunca le había agradado mucho Valentino. No le agradaba nadie, pero a su tercer hijo le tenía especial inquina, y Gaspar nunca tuvo muy claro por qué. Quizás porque, cuando eran pequeños y les daba clases de magia, Valentino era el más rápido en aprender y el que menos se tomaba en serio sus lecciones, y se burlaba de Twylwarlais por ser tan lento, hasta el punto de hacerlo llorar varias veces. O quizás por aquella vez en que, cuando tenía doce años, se burló del tío Filisindro por haber ido valiente a la guerra y vuelto un cobarde borracho. Padre le cruzó la cara de una bofetada aquel día, la primera vez que le levantó la mano a un hijo, aunque no la última. La segunda vez ocurrió cuando Valentino, enfadado porque padre no acudió a su nombramiento como mago de Dacaroth, le terminó echando en cara que madre seguramente se suicidó por no tener que aguantarlo. Aquella vez padre no le dio una bofetada como si fuera un niño, sino un puñetazo como si fuera un hombre, y Gaspar tuvo que intervenir.

Cuando padre ya empezó a envejecer, en más de una ocasión Valentino había causado que se desmayase del enfado, y a veces, cuando Gaspar le estaba dando cuidados médicos, padre solía hablar de él entre delirios, diciendo que lo que va siempre vuelve, y que no tenía fuerzas para devolverle la sonrisa en la oscura noche.

—El tiempo pasa y un día te das cuenta de que eres un viejo feo y asqueroso. Otra herradura más, oxidada y esperando a ser reemplazada. Lo veo todos los días, incluso sin espejos —dijo una vez.

—¿Lo dices por los cuadros de cuando eras joven? Si quieres los mando retirar —le había respondido Gaspar.

—¿Cuadros? ¿Qué cuadros?

La situación era cien veces más absurda considerando que, desde hacía seis años, Valentino era el heredero de todas las propiedades y casi todos los títulos de padre tal y como figuraban en el testamento, siendo la única excepción el título de Hechicero Supremo, el cual no era hereditario, sino que el consejo de Trismegistos era el encargado de decidir a quién concedérselo.

—¿Tu heredero?! —Había gritado Gaspar al recibir la noticia por parte de padre en privado, en el mismo momento en que estaba escribiendo el testamento

—. Yo debería ser tu heredero, soy tu primogénito. Soy el comandante de tus ejércitos, el que sabe luchar y dirigir, y el que ha ganado batallas y conquistado castillos. Soy el elegido de Tizón, y el que mejor lo empuña en siglos, sin lugar a dudas, y soy el que más cuida de tu salud —Se le empañaron los ojos. Añadió en susurros —: He matado por ti. Por nuestra familia.

—Yo también he matado por nuestra familia —dijo padre, parodiando sus susurros y sin parar de escribir—. Más que tú, y no siempre bajo el amparo de la ley vigente.

—A Valentino lo quiero mucho, y es un mago brillante, pero tú lo aborreces y te hace la vida imposible.

—No lo aborrezco, y, de todas formas, no me ha dado otra opción el pequeño mierdecillas consentido — Con cada palabra que decía la pluma daba un trazo más punzante —. Somos un linaje de hechiceros, y esto que estamos viviendo no es más que el principio de lo que se puede hacer con las esferas de éter. Reyes, duques, marqueses, barones... todo va a ser devorado por la industria y la magia. Nuestra familia necesita el apoyo del Hechicero Supremo, y a Valentino es a quien me sería más fácil conseguirle el puesto. El Hechicero Supremo y mi heredero deben ser la misma persona, como una quimera con la cabeza de un león y el culo de un babuino.

Miró a su hijo, como esperando que el chascarrillo lo animase, pero Gaspar no estaba de humor para ello.

—Parece ser que yo también soy otra herradura más, entonces.

Aquello hizo a padre dejar la pluma en el tintero, levantarse y acercarse a él.

—No, ni de coña. Nunca vas a ser mi heredero, Gaspar, pues me eres muypreciado como para ser eso. Precisamente, por ser mi primogénito, y al que mejor he preparado, vas a ser otra cosa. Vas a ser algo mejor.

—¿Algo mejor? ¿Lo qué? ¿Rey de Diamanthora? —dijo Gaspar con una risa cínica.

—No, eso le corresponde a Firulais por derecho, y pfff, no es algo mejor, ni de lejos.

—¿Entonces qué? ¿De qué voy a ser rey?

—De todo, el mundo entero. Al fin y al cabo, eres mi príncipe.

Aunque padre tenía una forma de hacer que cualquier cosa sonase posible, Gaspar recordaba que había pensado que le estaba tomando el pelo.

—¿Rey del mundo entero? — preguntó, alzando las cejas —. Ni siquiera tengo derechos al trono de Diamanthora, mucho menos al antiguo linaje perdido del Reino Ascaroth. Es más, no solo eso: nuestra familia fue una de las principales responsables en ganar la guerra contra lo que quedaba de su dominio. A eso sumarle que la nobleza drow es considerada baja entre el resto de la nobleza élfica, e incluso entre ellos éramos considerados bajos antes de que construyeras los Faros. ¡Nuestra familia ni siquiera era parte de la nobleza de elfos oscuros hasta hace unas seis generaciones! ¿Bajo qué autoridad voy a ser coronado rey?

—Bajo la autoridad de mis santos cojones.

A pesar de todo, en seis años nunca le había dicho nada a Valentino sobre el tema. Cuando Gaspar le preguntó, padre se limitó a decir que "nunca se le borraría esa sonrisita idiota si se lo digo, ya se enterará cuando me muera..."

—“Yo puedo hacer lo que me de la puta gana” —repitió padre mientras sostenía una de las plumas encima de la mesa y la mojaba en tinta—. Qué malote eres, Valentino. Mucho ojo, que la libertad es un arma de doble filo. A ver si voy a postergar nuestros planes unos años, negar cualquier afirmación de que estoy involucrado en la compra de tierras, decir que actúas por tu cuenta, como tú mismo admites hasta en público, y dejarte a ti solito ante los altos elfos a lidiar con la mierda que tú mismo acabas de crear.

Mientras hablaba, el grimorio aterrizó en frente del anciano, el cual empezó a escribir.

—No vas a hacer tal cosa después de que escuches lo que voy a decir, viejo.

—Eres un peligro, Val —empezó Aurora—. No se puede confiar en ti para nada.

—Nop —reconoció Valentino—, pero da igual, ya que mi plan va a funcionar y beneficiará a nuestra familia de forma espectacular.

—Es lo que pienso que es, ¿verdad? —dijo Gaspar— ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Hay ocasiones, querido hermano mayor, en que es mejor pedir perdón que pedir permiso. Si os lo hubiera contado, no me hubierais creído, y aunque me creyeseis, tú no lo aprobarías por tu código de honor y el resto pensaríais que es muy arriesgado.

—Y algo me dice que hubiésemos tenido razón —señaló el tío Fermín.

—Esto no es uno de tus juegos. Cuando se está en la posición que estamos nosotros, hay un mar de elecciones, y cualquier decisión precipitada puede terminar en desastre. Estás arriesgando empezar una guerra —añadió la tía Isolina.

—Es que empezar una guerra es el plan, por eso Gaspar no lo aprobaría —dijo Valentino—. Los superamos en número, armas, dinero y magia, y tenemos a Firulais en reserva. Nunca hemos sido tan poderosos como somos ahora, y quizás nunca lo volvamos a ser si no sacamos provecho de ello. Lo único que necesitamos es un pretexto más o menos razonable para ir a la guerra y nos la darán si los desafiamos públicamente al amenazar con quitarles la única cosa en la que nos superan: tierra.

Se hizo el silencio en la sala. Aurora puso los ojos en blanco, Leopalda abrió la boca, buscando con la mirada a alguien que estuviera tan impertérrita como ella, Gespirito rio como si Valentino estuviera de broma, y el duque le sostuvo la mirada con reproche. Padre no quitaba la vista del grimorio mientras escribía con una mano y sostenía una lupa en frente de su ojo sano con la otra.

—Estás muy mal —dijo Aurora—. Aunque los superemos militarmente, siempre se pueden refugiar en la fortaleza de Conztanza. Nos llevaría años de asedio, y para entonces podrían perfectamente amasar fuerzas con sus aliados, más los clanes de elfos silvestres, elfos nocturnos, y mercenarios. Una guerra es arriesgar el todo por el todo, cuando podemos obtener lo que queremos sin derramamiento de sangre si actuamos con sutileza. Ya sé que al prínceso y a ti os gusta dar hostias primero y pensar después, pero esto requiere mano fina. ¡Eh, deja de hacer blablablá con la mano, que esto es serio! No llevamos años

maniobrando estratégicamente nuestro ascenso político solo para que vengas tú ahora a querer romper el nudo con un golpe de espada. Solo te vas a dar en el pie.

—Mi querida hermana, a ver si algún día aprendes que no hace falta andarse con tantas sutilezas y tantos juegos previos cuando se tiene un pollón enorme. Y como queriendo ilustrar mejor su punto, Valentino sacó algo de su bolsillo y lo estampó con fuerza contra la mesa. Gaspar ya sabía lo que iba a ser. Era una maqueta de madera.

—Por un segundo pensé que literalmente te ibas a sacar la polla del bolsillo y ponerla sobre la mesa —dijo Gespirito.

—No nos cuentes tus parafilias. Esto es mi obra maestra, el arma definitiva. Requirió muchas noches dándome de cabezazos por hacer ingeniería inversa de los Faros y solucionar problemas de diseño. He tenido a ejércitos de artífices enanos y magos renegados trabajando incansablemente para materializar mis planos y hechizos. Ningún asedio va a durar más de unos pocos días, ya que no existe muralla o custodia mágica que pueda resistir su potencia. Lo llamo cañón. Cañón etéreo.

—¿Otra vez esta idea fumada de los cañones? —dijo Leopalda, llevándose la mano a la cara.

—Creía que los cañones no eran más que artillería mediocre sin utilidad práctica, como la mayoría de las invenciones enanas —señaló Twylwarlais—. Incluso aunque la pólvora que funciona no valiese una fortuna, e incluso si almacenarla cerca de las tropas no fuese un gran riesgo del que el enemigo se podría aprovechar fácilmente haciendo buen uso de un Cuchilla Nocturno, la estructura no sería capaz de resistir la implosión. Y aunque de alguna manera pudiera hacerlo, el retroceso haría que fuese imposible predecir dónde va a aterrizar la bola de cañón. Hay más probabilidades de terminar dándole a nuestras propias tropas, o de que todo el artilugio les explote a sus mecánicos en la cara, que de derribar mura...

Pero Gaspar dejó de prestar atención a Firulais, ya que acababa de ver por el rabillo del ojo que padre levantaba la vista de su grimorio, dejaba la lupa a un lado, y observaba la maqueta atentamente. La figura de madera consistía en un tubo cilíndrico montado sobre un soporte con ruedas. Su diseño era intrincado, con adornos de grabados y símbolos rúnicos, y lo que debían de ser gemas decorando la culata. Conectado a la boca de fuego mediante un sifón había lo que Gaspar dedujo debía de representar un tanque de metal en donde se depositaría el éter. Tenía un telescopio montado en su cima. Su anciano padre rara vez sonreía, y cuando lo hacía era solo con Leopalda o Sofía, pero aquella vez, aunque solo fue por medio segundo, Gaspar pudo ver cómo su ojo traicionaba lo que de otra forma hubiera sido un rostro inexpresivo.

Chapter 3

Capítulo 3: El Caballero Rúnico

Chapter 4

Capítulo 4: La Bruja

Chapter 5

Capítulo 5: El Forero

